

Estrellas de ciudad

CARLA MARTÍ

CONTRALUZ

The background is a vibrant, painterly illustration. The top half shows a dark blue night sky filled with various stars and nebulae. Below the sky is a silhouette of a city skyline with several buildings, some of which are lit up with warm yellow and orange lights. In the foreground, a couple is seen from behind, sitting on a sandy beach and looking out at the city. The overall color palette is dominated by blues, purples, and oranges.

Estrellas de ciudad

CARLA MARTÍ

CONTRALUZ



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carla Martí García, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-41-3
Depósito legal: M. 24.678-2024
Printed in Spain

*Para mis abuelas, Sunsi y Lola.
Porque no podría haber tenido mejores maestras
que me enseñaran a amar los libros tanto como lo hacéis vosotras.
Os quiero*

«From the moment I met you, all those years ago, not a day has gone by when I haven't thought of you. And now that I'm with you again, I'm in agony. The closer I get to you, the worse it gets. The thought of not being with you—I can't breathe. I'm haunted by the kiss that you should never have given me. My heart is beating, hoping that kiss will not become a scar. You are in my very soul, tormenting me. What can I do? I will do anything you ask».

«Desde el momento en que te vi, hace ya tantos años, no he dejado de pensar en ti un solo día. Y ahora que vuelvo a estar contigo sufro una agonía. Cuanto más cerca estoy de ti, más crece; el hecho de pensar que no estoy contigo me impide respirar. Soy prisionero del beso que nunca debiste haberme dado; mi corazón late esperando que ese beso no deje cicatriz alguna. Estás muy dentro de mi alma, atormentándome. Qué puedo hacer, haré todo lo que me pidas».

Anakin a Padmé en *El ataque de los clones*



Zora

—¡Zora! ¿Es verdad que Tom Ford te ha roto el corazón?

—¿Cómo te sientes al saber que el hombre del que estabas enamorada te ha puesto los cuernos?

—Zora, ¿si pudieras mandarle un mensaje a Tom, ¿cuál sería?

—¿Es verdad que les pillaste en tu habitación de hotel en París?

—¡Zora! ¡Aquí, Zora!

Los *flashes* salieron disparados como balas en una de esas películas malas del oeste. La luz blanquecina le quemaba las retinas, pero gracias a sus gafas de diseño pudo mitigar el pinchazo de cada *flash* que los *paparazzi* le lanzaban. Salía del estudio de grabación donde acababa de hacer una de las entrevistas más vergonzosas de toda su carrera.

Zora había sabido que era una mala idea presentarse aquella noche en *The New York Night Show*, pero Sophie, su agente, le había asegurado que las preguntas estaban

controladas y que la entrevista serviría para demostrarle al público general que ella estaba perfectamente bien (cosa que no era cierta).

Al final, Sophie había estado equivocada.

—Cuéntanos, Zora, ¿cómo estás?

El entrevistador, Malcolm Gower, la había mirado con lástima, como si fuera un amigo de toda la vida que te tiende la mano en un bar después de un par de copas de vino.

—Muy bien, Malcolm, gracias por preguntar.

Pero él no era un viejo amigo. Y no estaban solos tomando unas copas y ahogando sus penas.

—Venga, Zora, aquí no hace falta fingir... Sabemos que la situación tras lo de París debe de haber sido complicada, cuando menos. ¿Te apetece chillar? Podemos hacerlo. ¡O mejor! Lancemos hachas a una diana con la cara de cierto actor californiano rubio y con unos ojos azules de muerte, ¿qué te parece? ¿Producción? ¿Sería posible?

Risas del público.

Zora se forzó a reír también.

Salirse del guion no era lo suyo. A ella se le daba bien sonreír educadamente y contestar las preguntas planeadas por su equipo. Quizá, en los días generosos, podía contar alguna anécdota ligeramente tergiversada sobre lo especial y única que había sido su infancia con un tono de voz artificioso, ese que estaba a medio camino entre lo liviano y lo risueño. Y que tenía completamente ensayado.

Pero aquel no era el día.

—No hará falta, yo... —Parpadeó—. Yo...

—No te preocupes, querida, yo creo que todos estaríamos igual en esta situación... —Malcolm se reclinó en su sillón de cuero viejo—. Los hombres somos despreciables. —Le guiñó un ojo—. Puedes decirlo, te recuerdo que este es un programa para mayores de edad.

—No me gusta faltar al respeto...

—¡Tan educada como siempre!

Zora descruzó las piernas y las volvió a cruzar. Sabía que se estaba sonrojando y rezó para que no se le notase.

Se quedó callada.

El silencio duró un segundo. Y dos, y tres, y cuatro...

Malcolm sonrió.

—¡Bueno! Creo que ha dejado claro que no hablaremos de este tema. —Risas—. Entonces, cuéntanos, ¿cómo fue la gira europea de tu última película?

Gira europea que había dejado a medias.

Su teléfono comenzó a sonar una vez se encontró dentro del coche que la esperaba a la salida del estudio. Un espacio seguro.

Contuvo un suspiro de alivio.

—Ha sido horrible —afirmó Zora sin darle tiempo a la persona al otro lado del teléfono para que hablara primero.

—Define horrible —le pidió Sybil, su mejor amiga, y la única persona que de verdad la entendía en todo el mundo.

—He hecho el ridículo, me he quedado en blanco y ha resultado muy evidente que todo este tema me sigue importando. Además, he metido la pata con la promoción en Europa. Ha parecido que no me importa la película.

—Zora, tu novio te puso los cuernos hace un mes y medio con una modelo francesa. En el mismo hotel donde dormías. Donde dormíais *ambos* —matizó—. Por supuesto que te sigue importando. Y es normal que ahora mismo todo lo que tenga que ver con él, incluida la película, sea un tema delicado...

—¡Aun así todo el mundo me juzga por ello!

—El mundo puede irse a la mierda.

—Sybil... —la reprendió.

—¿Qué? Es verdad.

Zora no pudo evitar que las comisuras de sus labios se alzaran, al menos un poquito.

—Pero sabes lo que van a decir de mí en todos esos horribles programas, y en las redes y las revistas.

—Sí, lo sé. —Y por eso le gustaba Sybil, porque era sincera y porque, como ella, sabía cuál era el precio de aquella vida.

Quizás su mejor amiga jamás fuera a estar tan expuesta como ella; al fin y al cabo, las actrices de Broadway no solían estar en el ojo público de la misma manera que las estrellas de Hollywood. Pero incluso así, Zora había visto en primera persona cómo Sybil pasaba por situaciones parecidas, en las que el mundo del espectáculo te tragaba viva cuando menos lo esperabas; cuando más débil e indefensa te encontrabas.

Ambas se quedaron en silencio.

—Sabes que aún puedo ir hasta donde sea que esté Tom y patearle donde más le duela, ¿verdad?

Zora volvió a sonreír. Sybil sería capaz de hacerlo si se lo pidiese: recorrer medio mundo para enfrentarse a la

persona que había traicionado su confianza y pisoteado su corazón.

—De momento no será necesario. No merece nuestro esfuerzo, ¿recuerdas?

Eso mismo le había dicho ella unos días atrás, cuando Zora le habló de su inminente necesidad de escribirle, de contarle cómo se sentía, de volcar todos esos sentimientos aglomerados en su pecho y toda esa inseguridad que él había plantado en su interior y que había comenzado a germinar a una velocidad pasmosa. Una enredadera que la llenaba por dentro, cuyas ramas arañaban su interior susurrándole ideas envenenadas como que ella no había sido suficiente, que era reemplazable, que no había sido la primera opción. Que nunca lo sería.

Al final se lo tragó todo, como siempre hacía.

—Exactamente. Ese capullo infiel no merece ni un segundo de nuestro tiempo. Es más, vamos a dejar de hablar de él en este mismo instante —sentenció Sybil.

—¿Cómo ha ido tu día? —le preguntó entonces ella para cambiar de tema.

Su amiga suspiró de forma dramática.

—Horrible, la verdad. —Zora pudo imaginar su aspecto en ese instante. Su rostro ovalado y precioso haciendo un puchero, sus ojos castaños muy abiertos, el pelo dorado recogido en un moño suelto—. Los ensayos de hoy han sido durísimos y están todos de los nervios... Y, ugh, no me hagas hablar de «miss perfecta», porque te juro que puedo empezar a echar humo por las orejas.

Zora sabía que no debía preguntar por «miss perfecta» (mejor conocida como Zia Nakamura, la eterna rival de su mejor amiga), así que no lo hizo.

—Seguro que mañana lo haces mucho mejor, Syb.

Sybil no parecía muy convencida, pero terminó aceptando sus palabras de ánimo. La llamada se alargó un par de minutos más, en los que ambas se esforzaron por hacer sentir mejor a la otra. Cuando el coche comenzó a disminuir su velocidad, Zora se despidió de su amiga con la promesa de que al día siguiente la volvería a llamar.

Había llegado a casa.

James, su guardaespaldas, la acompañó hasta la puerta del Conrad, ubicado justo enfrente de la zona sureste de Central Park. El edificio tenía ese aire característico de las construcciones de los años veinte, de color blanco brillante, con grandes ventanales, treinta y cuatro pisos de altura y un gran vestíbulo con mobiliario clásico. Zora se despidió de James con una sonrisa y, después de saludar al portero que hacía guardia aquella noche, se subió en uno de los ascensores. Hacia arriba, hasta la última planta.

Las puertas metalizadas se abrieron, dando directamente a su recibidor, donde la panorámica de la gran ciudad la engulló de lleno. Después de tres años viviendo allí, las impresionantes vistas de su ático aún conseguían sorprenderla cada día al llegar a casa.

Nueva York de noche era mágica.

Los grandes rascacielos, las luciérnagas de metal dorado de las farolas salpicando el paisaje urbano, el azul oscuro casi negro del cielo, que ocultaba las estrellas amenazado por la intensa luminosidad de la ciudad... Y,

sobre todo, la tranquilidad que podía respirar allí arriba, alejada del ajetreo incesante de allá abajo.

Algo peludo y calentito se enroscó a sus pies, ronroneando, dándole la bienvenida. Zora se agachó y cogió en brazos a Obi.

—Hola, mi amor —saludó a su gata gris, dándole un besito en la punta de la nariz—. Yo también te he echado de menos.

Juntas se encaminaron por el pasillo hasta el gran salón de cortesía, de techos imposiblemente altos, ventanales que cubrían casi toda la pared y vigas de obra a la vista. Siguió avanzando y cruzó la cocina sin siquiera detenerse a coger algo de picar hasta que llegó al salón familiar. A su rincón más íntimo y personal de aquel *penthouse*. Se quitó los tacones y encendió la tele, dispuesta a poner algo que la animara. Estaba planteándose volver a empezar *Star Wars* por millonésima vez cuando la voz de la periodista inundó su salón.

Era un programa de cotilleos, el más famoso de la ciudad.

—Oh, venga ya, todos sabemos que Tom Ford es el chico bueno de Hollywood —decía una de las mujeres. Rubia, blanca, joven.

Zora se quedó inmóvil.

—¿Y acaso Zora Pavlova no es la chica buena de Hollywood por excelencia? —contraatacó uno de los tertulianos del programa. Hombre, negro, probablemente en sus cuarenta.

—Más bien la chica aburrida de Hollywood —intervino otra de las participantes.

Zora conocía a esta última: Michelle Barns, una famosa interlocutora y periodista. Era conocida por su lengua afilada y por su petulante actitud hacia cualquier persona que tuviera algo de fama y relevancia en el panorama nacional o internacional. Atacar a las celebridades era su estilo, su firma personal. Hundir en la medida de lo posible sus reputaciones, también.

—¿Aburrida? Un poco comedida, quizá...

—Es decir: aburrida. Como una ostra. Realmente, aparte de su cara bonita...

—Y tan bonita —comentó otro de los colaboradores.

—No tiene nada más que ofrecer —continuó Barns—. Honestamente, no entiendo el favoritismo hacia ella.

—Quizás es por su innegable talento —sugirió la primera que había hablado.

—¿Talento? ¿Poner morritos y los ojos llorosos es talento? Por favor, Natalie, un poco de crítica.

—Creo que estás siendo demasiado dura. Se nota tu clara preferencia por Tom...

—Bueno, al menos él tiene algo de personalidad, carisma, chulería, picardía... Llámalo como quieras, pero se gana el corazón de la gente. En cambio, Zora simplemente es guapa.

—Las redes están que arden con este tema. Muchos se burlan llamándola «estrella apagada».

—Espero que la entrevista que ha dado esta noche en *The New York Night Show* sirva para que la gente empiece a espabilar y darse cuenta de que no merece la fama que tiene.

—Lo que no podemos negar —volvió a retomar Natalie— es que a Zora Pavlova le han roto el corazón de-

lante del mundo entero. Un duro golpe para cualquier celebridad. Y para echarle más leña al fuego, ha sido Tom quien ha continuado la gira promocional de la película que rodaron juntos; *él* ha capitaneado el barco en las últimas entrevistas que la expareja tenía planeadas...

—Ni siquiera se ha podido tomar su trabajo en serio —chistó Michelle Barns—. Sinceramente, creo que Tom ha hecho lo mejor que podría haber hecho. Dejar a la aburrida y sosa de *Zorana* y comenzar a vivir su soltería como uno de los actores más deseados de la industria sin el peso muerto de novia que tenía colgado...

—Tendremos que ver cómo actúa nuestra «estrella apagada» después de estos duros golpes y cómo se las apaña en los próximos eventos, donde seguro que ambas *celebrities* coinciden...

Zora apagó la tele.

La mano con la que sujetaba el mando le temblaba. Notaba los ojos llorosos y la garganta cerrada.

«La estrella apagada», la habían llamado.

Aburrida. Sosa. Un peso muerto.

Tom la había engañado porque se lo merecía.

O eso opinaba la gente.

El horror le subió por la garganta acompañado de esa claridad envenenada que le decía que estaba sola y que siempre lo había estado. Luego se sintió golpeada por su propia racionalidad: «estás siendo una dramática, todo esto no es para tanto». Por último, la invadió una certeza: la única persona a de la que se había enamorado, con quien había compartido partes de sí misma que no había revelado a nadie más, la había engañado, y ni siquiera se

había mostrado remotamente arrepentida de sus actos. No la había vuelto a llamar, no a excepción del día en el que le había pedido que subieran conjuntamente un texto a sus respectivas redes sociales para aclarar que estaban bien y que habían dejado la relación en buenos términos.

Evidentemente, Zora se había negado (más bien, Sybil se había negado, a pesar de la opinión de su agente de que era buena idea que lo hiciera), y él la había colgado.

Y así había sido todo.

Y ahora, ella era la aburrida, la que se lo merecía. Él, el carismático, el radiante y cautivador. El que tenía derecho a algo mejor.

Zora quiso chillar.



Zora

La cafetera se puso en marcha con su característico zumbido.

Zora observó cómo caía el café en su taza favorita, una que le había pintado a mano su hermano pequeño, Ilya, hacía algunos años por su cumpleaños. Era una taza grande, de un azul oscuro ya un poco desgastado por los bordes redondos, decorada con dibujos de estrellas amarillas de distintos tamaños. Añadió su buena dosis de leche vegetal y una pizca de canela y se sentó en su silla de la isla de la cocina. Tenía seis más para elegir, pero siempre usaba la misma; la segunda empezando por la derecha.

Le dio un sorbo al café.

Alargó la mano hasta colocar el libreto justo frente a sí. Contenía la escena que repasaba todas las mañanas desde que la habían preseleccionado para un papel en el nuevo proyecto de uno de sus directores favoritos, Anthony Rivera. Zora, al enterarse semanas atrás de que el casting sería cerrado, hizo que su equipo moviera todos

los hilos para que ella pudiera optar al papel de protagonista femenina.

Al principio a su agente no la había convencido demasiado.

—¿No crees que se sale un poco de la línea en la que estamos trabajando? —le había preguntado la primera vez.

—Sí, por eso mismo lo quiero, Sophie.

Brenda Foxter era un personaje que la había cautivado: una exalcohólica que lo había perdido todo en la vida y ahora trataba de volver a encontrar su camino alejada de su adicción. Una madre joven a la que los servicios sociales le habían arrebatado a su bebé; la mezcla entre una chica que se debatía entre seguir escondiéndose en su juventud salvaje para excusarse por sus actos y una adulta que debía empezar a tomar las riendas de su vida.

Se había enamorado de ella con tan solo leer página y media del guion. Apenas una escena.

Sabía que no tenía nada que ver con los dos últimos grandes papeles que había interpretado: ni con Ayrin, la hija de una familia inmigrante que estaba sola en un país nuevo y que debía volver a reunirse con sus seres queridos después de un largo viaje emocional; ni tampoco con Elle, la rica heredera de un magnate corrupto del petróleo en los años veinte que se enamoraba de uno de los trabajadores de su padre que era, en realidad, un policía encubierto.

Ayrin y Elle eran personajes con una moralidad intachable, que despertaban la simpatía del público. Pero Brenda... era un personaje difícil, que cargaba a su espal-

da muchas decisiones cuestionables. Un poco impredecible y un poco prepotente. Y por eso mismo le gustaba.

—No estoy convencida de que este papel sea el idóneo para continuar —cuestionó una vez más Sophie al ver que Zora seguía insistiendo—. Además, ¿tendrías que mudarte a Nueva Zelanda durante un año!

—Eso me da igual.

—¿No se aleja mucho del rango que has demostrado?

—Pero es que tengo mucho más dentro de mí. —La decepción se reflejó en los grandes ojos verdes de Zora.

—Oh, claro que sí, cielo. Nadie está poniendo en duda tu talento. Es solo que creo que es demasiado ambicioso por ahora, eso es todo.

Zora trató con todas sus fuerzas de mantener a raya el temblor de su labio inferior y aceptar el consejo de su agente. Pero algo en su expresión debió de sugerir lo contrario, porque finalmente Sophie le dijo:

—Mira, si realmente lo quieres, voy a luchar por que te den una oportunidad, ¿de acuerdo? Vamos a probar, y si finalmente les gustas... ¡quién sabe! ¡Quizá hasta vuelvan a nominarte a un Óscar! —Parecía entusiasmada con esa idea—. ¡Quizá hasta lo ganes!

Al cabo de unas semanas, había recibido el libreto con la escena del casting, que sería en un par de meses. Y así estaba ahora, con su escena subrayada, el papel ya desgastado por todas las veces que lo había doblado y desdoblado, que había anotado en los márgenes, que había pasado sus páginas para recitar y marcar cada palabra, pausa e indicación, guardándolas en su memoria. Convirtiéndose día tras día en Brenda.

Estaba a punto de acabar el café cuando le entró una llamada al teléfono.

—¡Hola, Sophie! Buenos días, cuéntame.

—Hola, cielo. ¿Te encuentras mejor hoy?

Llevaba preguntándole eso mismo desde que había cancelado lo que le quedaba del tour promocional de *Ella*. Su muestra reglamentaria de preocupación.

—Sí, todo genial —mintió.

La verdad es que había estado tumbada en la cama hasta altas horas de la madrugada, recreándose en todos los comentarios que había escuchado la noche anterior en el programa de tertulias. No podía sacarse de encima la vergüenza y la humillación de saber que todo el mundo la veía como a una patética y aburrida novia que había sido engañada. Una niñita que solo servía para estar guapa y poco más.

Intentó centrarse en esa llamada.

—Eso es lo que me gusta oír. Mira, cielo, te llamo porque ha pasado algo. Es sobre la audición de Rivera.

—Zora sintió como se le cerraba la garganta—. Prefiero hablar en persona, cielo. ¿En mi oficina a las doce?

El corazón le iba a mil por hora. Tan rápido que casi no pudo oírse responder.

—Allí estaré.

—¿Una... relación falsa? —preguntó con tono ahogado.

Cuando Sophie la había recibido en su lujosa oficina y le había dicho que su papel peligraba debido a los acon-

tecimientos de las últimas semanas, Zora jamás habría esperado que *esa* fuera la solución.

Sophie se recolocó la perfecta melena rubia platino.

—No te ha gustado la idea.

Zora se lamió los labios.

—Solo es... —Trató de elegir las palabras con cuidado—. No entiendo cómo esto me ayudaría a que Rivera no me descartase para la audición.

Sophie chasqueó la lengua, como si a Zora se le escapara algo muy obvio.

—Como ya hemos visto, tu reputación ahora depende de toda la situación con Tom. Sabes cómo son estas cosas: a la gente le encanta chismorrear y dar su opinión. Y tu nombre nunca había estado tan comentado dentro del mundo de los cotilleos... —Zora contuvo un escalofrío—. El caso, cielo, es que ahora mismo eres carne de cañón. He tenido una reunión con tu equipo de imagen y los comentarios no son favorables. Rivera es un director muy reservado. No le gusta la polémica. Piensa que este lío podría «manchar el tono y *el alma*» que está buscando para el proyecto. Palabras suyas —se apresuró a añadir.

Zora mantuvo el rostro inexpresivo. Le picaba la nuca y deseaba apartarse un mechón castaño que le rozaba la mejilla, pero no se atrevió a moverse.

Su cabeza iba a mil por hora.

¿Era en eso en lo que se había convertido? ¿En una diana que recibía ahora todas las críticas? Respiró profundamente.

—Pero cómo... ¿cómo asociarme con otra pareja podría cambiar mi imagen?

No alcanzaba a comprender cómo los problemas que habían sido originados por un hombre podrían solucionarse con otro. Se le antojaba absurdo, antiguo y terriblemente machista, como si lo único que valiera de ella fuera con quién se acostaba en ese momento.

—Pues, de hecho, tiene todo el sentido del mundo, cielo. —Sophie rebuscó en sus papeles hasta encontrar unas gráficas—. Mira —le dijo señalando unas tablas—, aquí tenemos los números que indican cómo tu relación con Tom contribuyó a que la prensa y los espectadores vieran *Ella* como una de las películas más esperadas. Vuestra química, vuestras interacciones... —dijo señalando otros números—, ¡hasta vuestras publicaciones conjuntas en redes! Todo creó un ambiente propicio para que vuestro trabajo en la película estuviera mejor valorado. Además, el hecho de estar en pareja con Tom te mostraba ante la audiencia de una manera más... deseable.

Como si fuera una golosina. Un trozo de pastel recién horneado y apetitoso.

—La gente te consideraba afortunada, un modelo a seguir —señaló mostrándole varios recortes de revistas de moda, columnas de opinión y publicaciones de Instagram con tendencias y estilos que Zora había llevado y que habían arrasado el año anterior—. Pero, a la vez, se te veía alejada del mundillo de la prensa rosa. Estabas enfocada *en lo tuyo*. Y, además, cielo, no vamos a engañarnos: tener del brazo al actor estrella del momento te ayudó bastante.

Como si sus logros no valieran, como si la Zora actriz fuera una composición de números, interacciones y casualidades totalmente ajena a ella, a su trabajo, a su sudor

y sus lágrimas. Por un momento, se le pasó por la cabeza levantarse y marcharse de allí. Decirle a Sophie que dejara de tratarla como a una muñeca con la que poder jugar a las casitas, a vestirla y desvestirla. A emparejarla y manosearla a su antojo.

Pero evidentemente no lo hizo.

Quizás el éxito de estos primeros años había sido pura suerte. Quizá sus logros no hubieran sido fruto de su trabajo. Quizá solo era una joven guapa con una historia familiar lo suficientemente esperanzadora a la que sacar partido, con una nacionalidad diferente y lejana (a pesar de que luego nadie sabía preguntarle nada de interés sobre su país de origen) y un físico que se ajustaba a los cánones. Un rostro categorizado como hermoso y, en definitiva, una serie de atractivos que la habían puesto en el lugar correcto en el momento adecuado.

Todo aquello le hacía sentirse insegura. No lo expresó. Se limitó a guardar sus sentimientos en esa cómoda demasiado atestada de emociones en el fondo de su mente y se focalizó en su agente.

—Pero no entiendo cómo eso ayudaría. ¿No se supone que estamos evitando la atención innecesaria? ¿No es esto todo lo contrario?

Sophie chasqueó la lengua.

—¡Para nada! Lo que conseguiríamos con esto es hacer ruido, pero del bueno. Contrarrestamos los rumores con algo que, de paso, ayude a tu imagen.

No le faltaba razón. Al fin y al cabo, Sophie era la experta; si ella pensaba que esa era la solución, Zora no era quién para contradecirla.

—Así que, para recuperar el favor de Rivera y vencerle de que me deje presentarme a la audición, lo único que tengo que hacer es estar con otra persona. Nada más. —Su voz sonaba a derrota. A aceptación.

Y se odió por ello.

Pero se odiaría mucho más, se recordó, si no se esforzaba lo suficiente por demostrarle al mundo de lo que era capaz y dar un paso más en su carrera.

Un paso más hacia la actriz que deseaba ser.

—¡Eso es! —Sophie por fin parecía un poco aliviada; contenta, incluso—. Sería solo durante un tiempo. Tenemos ya la estrategia de cómo se desarrollaría esta colaboración. —Hablaba como si se tratara de una campaña más o una portada en cualquier revista. —De hecho, ya hay una reunión programada para hablar de todo esto. La lectura del contrato, las condiciones...

Zora no dijo nada, se limitó a asentir.

—¿Cuánto tiempo sería, exactamente?

—Estamos barajando aún eso. —Su instinto le dijo que no estaban barajando nada, que aquello ya estaba cerrado—. Pero... unos cuatro meses. Queremos que se vea real, que no se note que es un movimiento publicitario.

¿Cuatro meses?

Zora metió las manos entre sus piernas y la silla, notando la suave textura de los pantalones de traje que llevaba aquel día.

Sophie la miró a los ojos.

—Y aún no te he contado lo mejor. No te he contado *quién* será tu pareja.

Zora Pavlova: ¿Una estrella apagada?

Zorana Pavlova (24), hasta hace poco una de las actrices más prometedoras de Hollywood, parece estar experimentando una caída al vacío desde que se separó del famoso actor Tom Ford (26). Es un tema candente en las tertulias, y la opinión pública pone en duda su valía como actriz. ¿Es posible que su hasta ahora imparable ascenso se debiera más a su atractivo físico y a su relación con el renombrado actor que a su talento? Con su brillo desvaneciéndose y su poco interés en seguir promocionando su última película, que protagonizó junto a su ex, muchos se preguntan si Zora es solo una cara bonita que se ha quedado sin sustancia. Mientras que algunos seguidores fieles aún confían en su talento, la paciencia de la opinión pública parece agotarse rápidamente. ¿Será que Pavlova ha perdido la chispa que la hizo destacar? ¿Es esta solo una fase pasajera, una mancha en su reputación? El tiempo lo dirá, pero el futuro de la actriz en la industria se ve cada vez más incierto.



Giovanni

—Oh, no, ni de coña.

A Mario su respuesta no le hizo ni pizca de gracia.

Estaban en el Platinum Sound, en la 322 con la 48, el estudio donde Gio pasaba sus días y la mayoría de sus noches. La sala estaba iluminada con neones azules de un tono frío que contrastaba perfectamente con los sofás rojos, atestados de bolsas, mochilas, fundas de instrumentos y algunos envoltorios de comida rápida.

Había una botella medio vacía de alcohol en la mesita auxiliar de cristal y metal, y el cenicero estaba lleno de colillas abandonadas. Desde hacía más de un año, Gio había estado encerrado allí para grabar su tercer álbum de estudio, el primero tras el nuevo contrato con la discográfica estadounidense, y el proceso no estaba yendo demasiado bien.

—Gio, no es negociable. —El tono serio de Mario le molestó.

—Me da igual. No pienso hacerlo.

—Lo harás. ¿Y sabes por qué? —le preguntó Mario con ese aire de suficiencia que sacaba a Gio de sus casillas—. Porque, si no, la discográfica va a pasar de tu culo, ¿entiendes? Ya te han dado muchas oportunidades, y después de lo del Madison del otro día, se han hartado de tus gilipollices.

Giovanni apretó la mandíbula.

Quiso poder explicarle la razón por la que no se había presentado el pasado lunes a un concierto benéfico en el Madison Square Garden, nada más y nada menos. Y es que esta se alejaba mucho de lo que Mario pensaba: que era un ingrato, un déspota y un artista tan pagado de sí mismo que no le había importado dejar plantado a su público.

Ojalá hubiera sido eso. Pero no quería preocupar a Mario con la verdadera razón tras todo aquello porque sabía lo que vendría después. Y no estaba preparado para ello. Así que se lo calló y, como no replicó nada, Mario tomó aquello como una victoria.

—Como siempre, no dices nada. Estás jugándotelo todo. Estás jugándote tu contrato, tu disco, tu reputación...

—Sabes que no me importa una mierda mi reputación.

—No, pero tu música sí —le cortó—. Y recuerdas lo que pone en tu contrato, ¿verdad? Si se rescindiera, si cualquiera de las dos partes decidiera poner fin, no solo perderías tu oportunidad de seguir escalando en la música y asegurarte un lugar estable por fin en Estados Unidos, sino que no podrías firmar con otra discográfica

hasta dentro de cinco años... Sí, no me mires así, conoces la cláusula de sobra. Te quedarías sin Las Vegas, te quedarías sin la gira mundial, sin la oportunidad de entrar de lleno al mercado más importante... ¿Lo entiendes, no?

La puta cláusula.

Esa condición lo tenía amarrado como un perro. Una correa de acero que siempre sacaban a relucir cuando más les convenía. Pero para ser justos..., Gio sabía que no estaba dando lo mejor de sí. Y hacía meses que no componía nada.

Bueno, eso no era del todo cierto, componía todos los días. Llegaba al estudio por la mañana y se largaba de allí cuando ya era noche cerrada. Cuando las luces de los taxis y de los edificios le deslumbraban más que el sol. Y a pesar de todas las horas invertidas en esas cuatro paredes... no había conseguido crear nada que le gustara. Nada en lo que se viera reflejado.

Y la discográfica comenzaba a presionarle más y más.

Su respuesta a todo aquello era esconderse del mundo, evadirse de los problemas que le acechaban cada vez más. Salía de fiesta. Y, a ojos de la prensa, se portaba mal. Los *paparazzi* no le daban un respiro y sus imágenes saliendo de las discotecas de la mano de hombres y mujeres diferentes casi todos los días aparecían en todas las portadas.

Y los rumores... Su fama de rompecorazones, de persona despreocupada y sin sentimientos. De infiel, poco comprometido y caprichoso. De chico que ama la fiesta más que cualquier otra cosa. De rebelde, narcisista, borracho...

No podía poner la mano en el fuego y asegurar que todo fuera mentira.

Lo que nadie sabía es que todo eso, los placeres banales y excesivos, le hacían sentir *algo*. Le permitían escapar momentáneamente de la angustia y la ansiedad..., la jodida ansiedad que se había apoderado de él desde que llegó a Nueva York.

—¿Me estás diciendo que tengo que fingir salir con una actriz para que la discográfica no me mande a tomar por culo y pierda todo esto? —le escupió con sorna.

—Exactamente —le sonrió Mario, como disfrutando de ello.

Mario. Su mánager y su mejor amigo.

Tenía treinta años, tres más que Gio. Y era un grano en el culo la mayor parte del tiempo, pero la otra mitad era el mejor amigo que Gio podría desear y, a veces, merecer.

Mario, que había llegado al país desde Venezuela, era un hombre atractivo de espalda ancha, ojos grandes y cálidos y tez color tostado oscuro que resaltaba muy bien su pelo castaño claro. Tenía una sonrisa que conseguía que las chicas cayeran rendidas a sus encantos casi al instante. Y era terco como una mula.

Pero sabía lo que hacía y Gio confiaba en él al cien por cien.

—Mira, hermano, una vez empieces a salir con esta chica...

—El sueño de mi vida... —chistó Gio por lo bajo.

—... tu mala fama remitirá —acabó—. La gente verá una nueva faceta de ti mismo, un Giovanni Brunelli di-

ferente. Comprometido, enamorado y cercano. Y, sinceramente, también te hará ganar repercusión. Es una de las actrices más prometedoras del momento, y asociarte con ella te permitirá asentarte en el panorama nacional y hacer que la gente te idealice.

—¿Me quieres convertir en un personaje de telenovela?

—Quiero convertirte en alguien que caiga bien a la gente —le soltó—. Y que dejen de verte como un gilipollas. Estaría bien, ¿no crees?

Gio le dedicó un gesto vulgar con la mano.

—Ya sabes que a mí...

—«... me importa una mierda lo que piensa la gente» —acabó Mario por él, imitando su acento italiano—. Tu fachada de niño rebelde está muy bien. Pero lo importante es tu público. Las personas que conectan con tu música. ¿Sabes qué fue lo que más me gustó de ti cuando te conocí? Tu sinceridad y energía. La manera en la que dejabas que la gente se asomara a tu maldito corazón a través de la música. Toda esta mierda —dijo abarcando la habitación, pero refiriéndose a los acontecimientos del último año— no estaba. ¿Hay algo que se me esté escapando que me quieras contar?

Gio apartó la vista de su amigo. Mario lo conocía bien, y eso le jodía.

—No. —Mintió—. Que te voy a odiar después de esto.

—Me querrás porque tengo razón. Todo saldrá bien. —Le dio una palmada en el hombro y se levantó.

Se colocó las Wyfare negras y se dirigió hacia la puerta.

—Compórtate unos meses. Saca a relucir tu parte más sentimental, el donjuán italiano que llevas dentro, y la gente se olvidará de lo del Madison y en nada estarás nominado a los Grammy por este álbum. Estoy seguro. Solo necesitamos este empujoncito.

Gio soltó una risa incrédula. Entre un resoplido y una tos ahogada.

—Si tú lo dices.

Mario abrió la puerta, pero justo cuando estaba a punto de salir se volvió para mirarlo. Gio no podía verle los ojos oscuros a través de las gafas de sol, pero sintió como su mirada se clavaba en él.

—No la cagues. Nada de fiestas descontroladas. Nada de chicos. Nada de chicas —enumeró—. No puedes dejar que la prensa diga una sola mala palabra de tu papel como el novio de América. El novio del jodido mundo. ¿Entendido?

Gio puso los ojos en blanco.

Mario no esperó a que respondiera. Giró sobre sus botas negras Dolce&Gabbana y salió de allí. Fue entonces cuando Gio se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado por la identidad de la que sería su compañera en la farsa que estaban a punto de protagonizar durante los próximos meses.

¿La verdadera cara de un donjuán descarriado?

Giovanni Brunelli (27), el carismático cantante de rock que una vez hizo suspirar a multitudes, parece estar revelando su verdadera naturaleza. Tras el escandaloso incidente en el Madison Square Garden el pasado lunes, donde faltó sin explicación a un concierto benéfico, la reputación de Brunelli pende de un hilo.

Fuentes cercanas a Brunelli han filtrado preocupantes detalles sobre su vida privada, señalando que el cantante podría estar lidiando con serios problemas de alcohol, consumo de sustancias y una vida sexual descontrolada que lo está alejando de la música. Lo que una vez fue visto como el encanto rebelde de un rockero, ahora parece ser simplemente la actitud autodestructiva de alguien que ha perdido el control sobre su vida.

El público, que vio en él a la promesa del rock alternativo que esperaban, comienza a desconfiar de su imagen y a cuestionar si el hombre detrás de las letras profundas y los conciertos llenos de energía no es más que un chico malo perdido en su propia arrogancia. A medida que la polémica crece, muchos se preguntan si la carrera de

Brunelli podrá sobrevivir a los duros golpes de los últimos acontecimientos que parecen revelar su verdadera naturaleza, o si este es el principio del fin del donjuán del rock.

¿QUÉ BRILLA MÁS EN NUEVA YORK QUE LAS ESTRELLAS DE CIUDAD?

Zora Pavlova, la nueva promesa de Hollywood, tiene un objetivo claro: conseguir el papel que le permitirá demostrarle al mundo qué tipo de actriz es en realidad. Con lo que Zora no contaba era con que su pareja, el actor del momento, le pusiera los cuernos delante de medio mundo, haciendo peligrar su reputación y alejándola de su oportunidad de brillar.

Giovanni Brunelli tiene al alcance de su mano todo lo que cualquier estrella de rock podría desear: un contrato con una de las mejores discográficas de Estados Unidos, una oportunidad para dar el salto definitivo a una fama sin fin, y el atractivo y carisma necesarios para dejar huella allá donde pase. ¿Qué lo detiene? Su incapacidad para componer nada que le guste y una reciente espiral de decisiones que no lo están dejando en buen lugar.

Zora y Gio necesitan desesperadamente que su imagen cambie para conseguir aquello que más anhelan y estarán dispuestos a lo que sea con tal de hacerlo realidad. Incluso mantener una relación falsa pactada por sus equipos. ¿Qué son cuatro meses comparados con la promesa de alcanzar sus sueños

Quizás lo son todo. O quizás no sean nada.

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-41-3



9 788419 822413

Cód.: 3530138